

Reseñas

CORTÉS, Fernando y Rosa María Ruvalcaba, *Técnicas estadísticas para el estudio de la desigualdad social*, El Colegio de México, México, 1983.

Fundamentalmente didáctico, el trabajo de F. Cortés y R.M. Ruvalcaba está dirigido en especial a estudiantes de licenciatura o de maestría en disciplinas sociales. El libro en cuestión tiene la ventaja de presentar, elemental pero sistemáticamente, materiales que, en otras circunstancias, generalmente se encuentran dispersos en diversas fuentes. Por otra parte, el texto abarca de manera satisfactoria los aspectos metodológicos de los índices de desigualdad más utilizados, indispensables para cualquiera que pretenda trabajar sobre la materia. A lo largo del libro, los autores manejan cuatro índices, que seleccionan de la presentación más amplia de métodos estadísticos que hacen en un principio. Los índices seleccionados son el de Gini, el de Theil, la varianza de las observaciones y, finalmente, el de logaritmos.

Aunado a lo anterior, se exponen y discuten varios problemas metodológicos, por ejemplo: las dificultades que presentan los datos provenientes de una unidad de observación o, por el contrario, solamente de cuadros ya publicados, es decir, agregados; el problema de la descomposición de los diferentes índices o "análisis causal", y la cuestión del análisis dinámico o temporal de la desigualdad.

De éstos, el manual ofrece explicaciones teóricas, apoyadas en fórmulas y gráficas. Además, presenta una serie de ejemplos prácticos sobre aquellos aspectos que requieren mayor énfasis para su comprensión.

El material seleccionado y la manera de presentarlo hacen de este libro un instrumento muy útil para aquellos que quieran informarse y entender el sentido de las medidas estadísticas de desigualdad seleccionadas. Sin embargo, es conveniente indicar algunos puntos que podrían mejorar la apreciación y utilidad del libro.

En primer lugar, la presentación del material no es crítica; así, muchos de los aspectos tratados son muy discutidos —y discutibles—. Por ejemplo:

a) el tratamiento meramente estadístico de los índices cuando, por el contrario, existen corrientes metodológicas en desacuerdo con esta posición que plantean la necesidad de derivar de la teoría las técnicas para medir la desigualdad y entonces sí, medir ésta en el contexto de una teoría determinada y no solamente a partir de mediciones estadísticas descriptivas;

b) es de lo más frecuente que los datos con que se trabaja tengan errores de medición, clasificación, etc. Así, el análisis que se base en estas mediciones exigirá un conocimiento profundo de la calidad de la información y un tratamiento muy cuidadoso de las conclusiones que de ellas se quieran extraer;

c) la “norma democrática” (dar a todos lo mismo), seleccionada por los autores como su punto de comparación, no es la única existente y en muchos casos es intrínsecamente “injusta”, ya que tratar igual a desiguales resulta arbitrario y aun confuso. Por ejemplo, dar a cada familia igual cantidad de dinero sería “democrático” desde el punto de vista de la unidad familiar, mas no necesariamente desde el punto de vista individual, pues en este caso entraría en consideración el número de integrantes de una familia;

d) reducir a sólo un número todas las circunstancias relacionadas con la desigualdad es otro aspecto que está a discusión, sobre todo ahora que se dispone de computadoras complejas y poderosas que permiten el análisis de la distribución con mayores facilidades.

Otra deficiencia que resalta en el libro es la falta de bibliografía —muy abundante— que permitiera al lector interesado proseguir el estudio de alguno de los temas tratados.

Por último, y desafortunadamente, el manual tiene gran cantidad de errores tipográficos, sobre todo en las fórmulas.¹

Como dijimos anteriormente, y a pesar de sus fallas evidentes, el texto resulta un primer acercamiento valioso para aquellos que deseen una explicación sencilla y ordenada del serio problema de la medición de la desigualdad social.

GABRIEL VERA FERRER

¹ Sin tratar de ser exhaustivo, en las primeras páginas del segundo capítulo se encontraron errores como los siguientes: en la página 39, le sobra una sumatoria a la fórmula D_{Max} ; en las tablas 2.5, 2.6 y 2.7, las potencias están colocadas como subíndices, además, a la tabla 2.7 le falta un signo negativo en la tercera columna; en la página 48 la segunda fórmula debe tener una P mayúscula y no minúscula; en la tabla 2.8b, el primer subíndice de X debe ser 1 y no i; en la misma tabla, en el último renglón, falta el signo < entre Q_3 y Q_4 , etc; además, hay un evidente desorden en los primeros párrafos de las páginas 30 y 31.

The Pleasures of Anthropology, Morris Freilich (ed.), A. Mentor Book, Nueva York, 1980.

The Pleasures of Sociology, Lewis A. Coser (ed.), A. Mentor Book, Nueva York, 1983.

Las dos obras que aquí reseñamos tienen, como objetivo común, la intención de entretener, jugar, dar cita al sensualismo intelectual. El pensamiento como forma lúdica: ésta es la intención; las ciencias sociales como vehículos superiores del desencanto, del rompimiento con los mitos: éste es el contenido.

Escritos y organizados en fechas diferentes, los textos se complementan como dos triángulos de 90°; crean, sin encuadres teóricos ambiciosos, la simetría severa del cuadrado; constituyen, en fin, partículas elementales para quien pretenda comprender y animar los giros de la sociedad contemporánea. Espigaré entre los 50 artículos que aparecen en estas compilaciones. El libro de Freilich contiene un escrito de Carneiro, antropólogo que intentó dilucidar, desde su perspectiva profesional, el origen del Estado. ¿Se trata de una creación natural y orgánica (Aristóteles)? ¿Es el producto de un genio trascendente que toma el ropaje del Espíritu Absoluto (Hegel)? ¿Es un contrato intencional (Rousseau) o es un dictado de estructuras a-humanas (Gordon Childe)? ¿Cuál es el lugar que merece el “imperativo hidráulico” (Wittfogel)? ¿Por qué las guerras suelen apuntalar al Estado (Oppenheimer)? Carneiro indaga sobre estas preguntas y concluye que “factores ambientales” (recursos disponibles, excedentes, balance ecológico) tienen mayor potencial explicativo que las teorías propuestas.

Otro ensayo efervescente es el de Geertz, quien aborda los métodos y las trampas del trabajo de campo. Geertz sabe, como ya lo adivinó Westermarck, que toda entrevista produce tedio después de su umbral óptimo; empero, hay que emplearla. Luego de proferir algunos adjetivos no muy amables de Malinovski (p. 59), Geertz se detiene en las dificultades epistemológicas del trabajo de campo: ¿Cómo entender al “otro”? ¿cuáles son los límites de la empatía”, ¿es posible liberarse absolutamente del etnocentrismo cultural? Porque, dice, “lo que es filosofía en Java es teatro en Bali” (p. 65). Entonces, ¿cómo reproducir y evaluar las distancias “antropométricas”? Por añadidura, el lenguaje es una manera de reflexionar y no sólo una acumulación de voces (p. 71). A pesar de estas dificultades, sólo el trabajo de campo permite reconstruir mundos simbólicos. Podríamos añadir, para consolar a Geertz, que estas dificultades también las encara un crítico literario cuando pretende descifrar el orbe secreto de un poeta.

Mary Douglas alude a un tema que ya no es una extravagante y necesaria vulgaridad: la comida. Es ésta una estructura refinada y en modo alguno un accidente biológico. ¿Cuándo se come? ¿Con quién? ¿Cuándo, en verdad concluye un “encuentro digestivo”? Asimismo, la autora analiza

el color, la textura, el gusto, la temperatura y el olor de los platillos, determinados por una lógica social recóndita pero descifrable (pp. 98-99).

Wittgenstein tenía razón: “los límites de mi lenguaje son los límites de mi pensamiento”. Sin embargo, la antropología demuestra que es posible aprender otros lenguajes y que otros mundos constantemente nos observan. En este sentido, Kochman analiza el idioma de los negros alojados en un guetto de la gran urbe. El gruñido, el movimiento de manos y ojos, el deliberado deslíz sintáctico; manifestaciones de un antilenguaje básico de la comunicación en ese entorno (pp. 120 y ss).

De manera semejante, Rubington y Lithman prueban, en sendos trabajos, que los borrachos no sólo poseen un idioma propio sino que constituyen una subcultura dotada de criterios específicos de estratificación y tolerancia. La intoxicación alcohólica impone modalidades para compartir gustos y disgustos (pp. 136 y ss).

Patricia Spacks estudia el chisme. Como se sabe, Kierkegaard antes de Freud, y Heidegger después y a pesar de los hallazgos de Freud, condenaron el chiste y el chisme como “actos vulgares”, signos de la fragilidad humana. Spacks fustiga estas actitudes revelando los encantos y hasta el humanismo del chisme burlón (p. 170).

Freilich y Coser añaden que el sexo mismo es un tema riquísimo de la antropología cultural y no se detienen en las inclinaciones conocidas de la endogamia y la exogamia, abandonando a Freud y sus señalamientos clásicos. Estos autores se concentran en las normas semipúblicas (y semipúdicas) del sexo: ¿como actores les adivinan ciertas intenciones?, ¿con qué medios, hombres y mujeres deslindan entre “presas fáciles” y “retos inalcanzables”?, ¿quién *debe* “cuidarse” (p. 188) conforme a cada cultura?, ¿cuándo es permisible difundir lo que ocurrió en la intimidad?, ¿quién determina la variedad —y la satisfacción— de las “posiciones” (p. 190)?

Kluckhohn y Kelly proponen un diálogo interdisciplinario —casi socrático— sobre la cultura. En un *tour de force* en que se enfrentan perspectivas desiguales, los autores pretenden demostrar que estas desigualdades son, también, el producto de una cultura específica. En un pasaje brillante asientan que la “normalidad” depende de la memoria (p. 248); ésta sostiene y reconstruye al ego.

Max Scheler dijo alguna vez que la fantasía es infinita y merced a esa infinitud la vida —y la razón— es posible. Dredge va por esta senda al indagar cuáles son las capas conocidas y clandestinas del acto de fumar (pp. 277 y ss). Fumar es, claramente, un símbolo de poder y una forma de acelerar la edad biológica; es también una transición ritual hacia la muerte, al menos en algunas criaturas (recuérdese a Sartre agónico reclamando el último cigarrillo).

Este volumen es rico sin duda alguna, pero adolece de ciertas fallas de las que mencionaré algunas: Los autores aportan datos, percepciones sutiles, hallazgos inesperados; sin embargo, falta un principio de codificación

teórica que, sin pretensiones descalabradas, organice este material. Por otra parte, es curioso que la propia ciencia —con sus rituales, antilenguajes y particular estratificación— no haya suscitado el interés del compilador. Además, las antropologías del subdesarrollo están ausentes, por ejemplo: ¿cómo se verifican en este contexto los crímenes rituales?, ¿cuál es la dinámica de los mitos que pretenden congelar al tiempo?, ¿qué sostiene —o precipita— a sociedades segmentadas?

A pesar de estos vacíos, el antropólogo audaz encontrará aquí un convite y un desafío.

La colección de Coser también fascina. Con su característica ironía, el editor señala que “cada disciplina cultiva sus propios desatinos” (p. X). En pieza conocida, Lazarsfeld establece que la sociología no es la codificación de lo obvio; al contrario: es una amenaza al sentido común. Wrong añade con acierto que “la naturaleza humana” es una cómoda ficción; admite múltiples caracterizaciones. Levi Strauss obsequia a Mauss con algunas variaciones en torno a la reciprocidad (p. 69), incluyendo intercambios asimétricos tolerados por la cultura.

Rose Coser se deleita —y nos entretiene— con sus graves especulaciones sobre la risa. Para la autora, la broma es un vehículo precioso que acorta distancias sociométricas (p. 82), incluso en instituciones “totales”. También es un antídoto contra la ansiedad. Es de lamentar que esta socióloga no haya señalado aquí que el chiste y la mofa pueden debilitar —y hasta resistir— regímenes autoritarios, constituyéndose en efectivos instrumentos de subversión social. Todavía los sociólogos deben recurrir a Erasmo para captar que la ironía puede destruir y reconstruir mundos.

Goffman no podía faltar en estos textos. Dejó una herencia intelectual acaso inagotable y —acaso— sin saberlo en sus pormenores; herencia que algún día será epicentro de un huracán paradigmático. Su artículo se refiere a los trucos que inventamos para combatir la lacerante sensación de fracaso. El ego se defiende de mil maneras contra el estigma propio y contra el que dimana de “los otros”. Incluso encuentra consuelo al internalizar que “el éxito entraña el fracaso” (p. 102). Aun el odio puede aceptarse con inteligencia (p. 106). Lamentablemente, Goffman toca un tema sin elaborarlo: la corrupción como una modalidad de intercambio social (p. 110). Lástima.

Caplow encuentra un método original para probar las ideas de Simmel sobre la tríada: Hamlet. “En el mundo de tres” se presentan problemas tácticos, alianzas dinámicas, traiciones y hasta soledades compartidas (p. 145). Empero, la pieza de Caplow más encandila que convence.

El compilador hace un breve homenaje a dos clásicos: Cooley (“Los grupos primarios”) y Tönnies (“Comunidad y sociedad”). Pero abre cauce a nuevos autores. Por ejemplo, Melbin propone un análisis fascinante de “la noche como frontera” (p. 172 y ss). Aquí el tiempo se conjuga con el espacio para parir nuevas configuraciones sociales. ¿Es la violencia un “ac-

to nocturno"? ¿Sólo en la noche el amor y la violación tienen lugar? ¿Es la noche otra dimensión", como bien saben los bohemios? Acaso Melbin exagera, en particular cuando crea lazos entre su hallazgo (p. 121) y la percepción de Turner sobre la "frontera" como eje de la historia norteamericana. Son dos planos de análisis absolutamente distanciados. Sin embargo, los temas de la noche merecen indagaciones transparentes.

Simmel tampoco podía faltar a esta cita de ideas. Contribuye con su especulación sobre "el extraño. . . que. . . aparece hoy y se queda mañana" (p. 235). El forastero es una criatura misteriosa, que a la vez cautiva y repele. Acaso sin saberlo el escritor suizo Max Frisch, en *Montauk*, aludió a la atracción sexual que los extraños suscitan precisamente por la esperada brevedad del encuentro.

Park menciona asuntos conocidos sobre "el marginado" (p. 241 y ss), pero Klapp descubre una veta: la sociología del bufón. A él se le permiten la irresponsabilidad, la crítica, la burla social. Pero sus presuntas estupideces pueden conmover sólidas estructuras (pp. 248 y ss). Lyman explora al "glotón" que cultiva los límites sensuales de todo platillo; a veces atrae (p. 259) y a veces escandaliza (p. 261). Si "sublima" su apetito puede cambiar normas vigentes. Coser toca al "eunuco político", repasa su intervención en el contexto de "sociedades voraces", y muestra que puede sobrevivir e incluso ser festejado pues no pone en peligro —aparentemente— el orden social (pp. 310 y ss).

A continuación el compilador vuelve a rendir tributo a creadores conocidos: Saint Simon ("¿Quién es útil en la sociedad?"), Marx ("La alienación"). Fourier ("La explotación") y Veblen ("La imitación pecuniaria"). Este recuento concluye con un ensayo encantador de Denis Diderot.

Como en la obra anterior, el sexo también aparece. Foote Whyte pondera el código sexual del suburbio y la importancia que la conversación (p. 409) tiene en las cópulas que ocurren en entornos brutalizados por la miseria. Daniel Bell emite alguna novedad sobre la estratificación del mundo de los criminales (pp. 417 y ss). En fin, Riesman propone añadir a la "guerra fría" otro elemento: la insistencia constante en el superior nivel de consumo de los norteamericanos para sacar ventaja de "la privación relativa" de los rusos en este renglón.

Coser añade una lista bibliográfica útil para los que quieran bucear algún tema. ¿Qué falta? Sin duda, las variaciones casi infinitas de las sociologías del subdesarrollo. Y no me refiero sólo a las expresiones que con harta frecuencia se ponen en relieve: la dominación, las élites, las luchas de clases, los intelectuales como "lumpenburguesía". Pienso también en asuntos que todavía esperan el escrutinio sociológico. El tango, por ejemplo. Borges dijo sobre este punto, con ironía que desarma a los impacientes, algunas cosas buenas, pero desconectadas entre sí. Ahora hay que sistematizarlas añadiendo nuevos motivos, porque el tango es una de las expresiones dinámicas del contacto, de la sutileza, del alejamiento deliberado, de la

crueidad inconfesable del encono pacificado: caracteres microsociales de nuestro aplastante subdesarrollo.

JOSEPH HODARA

LARTIGUE, François, *Indios y bosques. Políticas forestales y comunales en la Sierra Tarahumara*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1983.

Los estudios sobre la cuestión agraria han adquirido gran importancia durante los últimos tiempos. No obstante, es difícil encontrar un análisis sobre el campo que tenga por objeto de estudio a los campesinos y los bosques. El trabajo *Indios y bosques* aborda este tema general a partir de una metodología de trabajo que realza los aspectos sociales derivados de la explotación forestal.

Después de varios años de vivir en la Sierra Tarahumara "en estancias por periodos largos o visitas cortas" para estudiar las formas de organización de los indios tarahumaras, Lartigue decide examinar los procesos de producción basados en la explotación de los bosques ya que, afirma, no se puede hacer abstracción de la relación que une el pasado, presente y futuro de este grupo social con el desarrollo de la extracción y comercialización de maderas en la Sierra.

El autor se plantea como objetivo encontrar las múltiples determinaciones de la explotación forestal sobre el proceso social tarahumara en cada momento del estudio. Es gratificante reconocer que lo logra, sea a través de la reconstrucción histórica de las circunstancias que enmarcan el problema, sea por el método de acercamiento de lo general a lo particular.

Al situar la producción forestal en el centro del análisis global de la sociedad regional contemporánea en la Sierra Tarahumara, la investigación consigue evitar la reducción del "problema tarahumara" a solamente el proceso de extracción forestal. Evita igualmente tratar el aprovechamiento forestal en Chihuahua sin su contexto sociohistórico.

La intervención sobre la organización social de la extracción forestal y sobre las políticas forestales aplicadas en la Sierra Tarahumara fue realizada entre 1975 y 1977, a pocos años de la reordenación de las condiciones sociopolíticas del aprovechamiento forestal en la zona, iniciada por la administración del presidente Luis Echeverría (pág. 27). A partir de esta situación, Lartigue busca deslindar la actuación concreta del Estado en las zonas forestales así como precisar el contenido de su intervención, destacando que el marco técnico del aprovechamiento forestal y la reglamentación jurídico-administrativa de las formas de extracción de materias primas aparecen históricamente como una serie de medidas políticas (p. 38).

El estudio de la relación sectorial (agricultura-industria) se remite al problema teórico de la reproducción social del sistema. En este sentido, las

condiciones ideales del ámbito estudiado permiten establecer, en una situación concreta, las redes de dominación económica y política entre clases sociales en general y en otros procesos de producción. Además, se ubican no solamente las conexiones entre la actividad primaria (explotación del bosque) y la industria sino también entre la economía campesina y el capitalismo. O sea, se explica el funcionamiento de la economía campesina y también el de su ámbito externo.

Finalmente, cabe resaltar que Lartigue consigue reunir, a través de técnicas antropológicas, un conjunto de datos explicativos sobre la situación de los tarahumaras, que seguramente serán un aporte valioso para la reflexión sobre las minorías étnicas y su relación con la sociedad global. Los antagonismos étnicos se muestran mediante estudios de caso sobre los tarahumaras ejidatarios de la región de la Sierra, que tienen como escenario la lucha por la sobrevivencia en un ambiente caracterizado por una correlación de fuerzas políticas desfavorables para ellos.

VANIA ALMEIDA SALLES

MOORE, Barrington, Jr., *Injustice, the Social Bases of Obedience and Revolt*, M.E. Sharpe Inc., Nueva York, 1978.

He aquí un libro que puede ser un gran estímulo para aquellos que estudian y se interesan por los problemas del cambio social. Trata, como el autor lo plantea en el prefacio, de responder al porqué la gente es tan a menudo víctima de sus sociedades y por qué en otras ocasiones los pueblos se rebelan y tratan con pasión y fuerza de transformar su situación.

A diferencia de los estudios tradicionales que suponen que a ciertas clases sociales corresponde un destino predeterminado, Moore, con una mirada pretendidamente ingenua, analiza situaciones históricas donde, teóricamente, todas las condiciones estaban dadas para un cambio social que no se produjo; también se preocupa de los movimientos colectivos que sí tuvieron éxito, tratando de identificar los factores que contribuyeron a transformar el antiguo orden. Una lectura rigurosa del trabajo lleva a concluir que, para el autor, las grandes transformaciones sociales son producto de muchos factores y de situaciones donde el azar tiene un papel importante, sobre todo cuando los movimientos colectivos intentan la toma del poder político.

Si bien Barrington Moore plantea que los cambios económicos son un elemento necesario en la explicación de los cambios sociales, considera que sin fuertes sentimientos de rabia y de indignación los seres humanos no reaccionarían contra el orden social. En este sentido las convicciones morales, consideradas en su significado más amplio, constituyen para Moore un elemento tan necesario como las alteraciones en la estructura económica cuando se trata de dar una explicación del cambio social.

A partir de esta idea, con una gran seriedad intelectual y apoyándose en material histórico y empírico proveniente de investigaciones sociológicas y de psicología social, el autor emprende la tarea de probar su hipótesis central: la gente se moviliza cuando comienza a sentir en forma generalizada la arbitrariedad y la injusticia. El ultraje moral compartido y generalizado, en determinadas circunstancias, lleva a la gente a poner en duda las formas de dominación que hasta ese momento parecían inmutables.

La primera de las dos partes del libro está dedicada a una revisión teórica de los elementos que en todas las sociedades pueden ser fuente de injusticia: problemas ligados al ejercicio de la autoridad, a la división del trabajo y a la distribución de bienes y servicios. La segunda parte está constituida por una aplicación de la teoría a la experiencia de la clase obrera alemana.

En el primer capítulo se plantean las situaciones que los grupos populares podrán considerar como injustas, al tiempo que se matiza esta línea de razonamiento al subrayar la necesidad de seguridad y protección que tienen los seres humanos, y la importancia de los códigos morales como factor de legitimación de un orden. En resumen, Moore nos trata de decir que en la mayor parte de las sociedades hay diferencias injustas pero que esto no significa necesariamente que los más perjudicados se movilicen.

En el segundo capítulo, al analizar los casos extremos como el ascetismo, la vida social en los campos de concentración y la experiencia del grupo más bajo de las castas hindúes, el autor trata de explicar las situaciones en que la gente se somete a la opresión y a la degradación sin oponerse de manera colectiva. La inhibición de actos colectivos en los casos analizados presenta tres elementos comunes. En primer lugar, la destrucción de los hábitos, las relaciones y los lazos sociales fundamentales; destrucción que llega a ser total y que puede ser el resultado de una política deliberada (como en los campos de concentración), o de un proceso social difuso que hace desaparecer las formas tradicionales de subsistencia. El segundo elemento está constituido por los procesos de cooptación que ejerce el dominante sobre el dominado. El tercero es la fragmentación social en casas, razas, ocupaciones, religiones, etc., que interfieren en cualquier proceso de cooperación, llegando a situaciones donde las hostilidades encapsulan a tal punto a los diferentes grupos, que éstos son incapaces de quebrar esas identidades, incluso en circunstancias de total opresión. El capítulo termina con una evaluación de los factores psicológicos, sociales y culturales que posibilitan a la gente a creer que el dolor y el sufrimiento obedecen a una moral superior o, como en el caso del ascetismo, que son moralmente deseables. En resumen, Moore trata de explicar por qué la gente, a pesar de la injusticia, no se rebela.

Por el contrario, en el tercer capítulo el autor se dedica a analizar los procesos culturales, sociales e individuales en los que la gente comienza a convencerse de la necesidad de cambiar el contrato social y establecer otros criterios para definir la autoridad, la división del trabajo y la distribución

de bienes y servicios. En el plano cultural, el autor analiza los procesos de deslegitimación de un tipo de dominación, la identificación de un adversario, la formación de solidaridades y el surgimiento de nuevos códigos de condena moral. Paralelamente, en el ámbito social se origina una fuerza política que realiza un diagnóstico nuevo de la miseria humana y los medios para superarla. En lo que respecta a los individuos aparece una nueva actitud; una cierta confianza permite que gente que hasta entonces no juzgaba o actuaba, ahora participe.

Lo interesante en el análisis de Moore es que las posibilidades de concreción de una desobediencia generalizada no siempre son las mismas; tampoco su éxito. En este complejo proceso influyen innumerables factores que el autor señala mediante ejemplos provenientes de la experiencia histórica, de estudios de caso o de situaciones experimentales de psicología social. Cuando aparece la condena moral, concluye, es necesario un mínimo de apoyo social para quebrar la mística de la opresión y el surgimiento de una respuesta crítica hacia la sociedad. También resalta la influencia de los procesos de socialización y la adquisición de confianza, independencia y disciplina que son capaces de originar en su seno algunos grupos populares. Estos son elementos centrales no sólo en la formación de una personalidad crítica sino también revolucionaria.

En la segunda parte del libro se aplica a un ejemplo histórico lo expuesto en la primera parte: la experiencia de los obreros alemanes durante la transición del artesanado a la implantación del capitalismo industrial.

El análisis se centra en tres periodos históricos. Comienza con la revolución de 1848, donde se revelan las contradicciones producidas por el paso de formas de producción precapitalistas a formas capitalistas. El segundo se sitúa en la primera guerra mundial, acontecimiento que provoca la aparición en Alemania, tanto de las fuerzas que se oponían como de las que favorecían la integración de los trabajadores industriales al avanzado capitalismo alemán de 1914. El tercero es la etapa posterior a la primera guerra, momento en que los trabajadores alemanes habían ganado poder político y logrado rebelarse a tal punto que su movimiento podría definirse como revolución proletaria. Para cada etapa el autor hace una pequeña descripción histórica que permite comprender lo que pasaba en la vida cotidiana de los trabajadores, lo que sentían y pensaban.

Lo importante del examen de Barrington Moore radica en que muestra que lo que hicieron los trabajadores o dejaron de hacer no siempre tuvo relación causal con los acontecimientos que en 1933 permitieron la llegada de Hitler. Posteriormente, Moore analiza la revolución rusa de 1917 y compara el comportamiento de los trabajadores en ambos países. De esta manera expone las alternativas que no tuvieron los alemanes.

En el capítulo XII, el autor describe la represión que el nacional socialismo ejerció con los grupos populares y la idea que se hicieron éstos de lo que era justo e injusto en la Alemania de esos años.

Los últimos tres capítulos tratan del relativismo moral. Allí, el autor niega la posibilidad de un concepto universal de injusticia y, recuperando los conceptos definidos en los primeros capítulos, los evalúa a partir del análisis histórico que realizó. De manera lúcida enumera y analiza los factores que favorecen la aparición de la condenación moral, los tipos de actos y organización que desarrollan los grupos populares cuando ponen en duda una forma de dominio, así como las tácticas y estrategias que desarrollan los grupos dominantes para controlarla.

Si bien este libro trata de grandes épocas históricas, en realidad se preocupa de los individuos, los pequeños grupos, el mundo del trabajo y la vida de las clases populares que en un momento condenaron un antiguo orden sin tener una idea clara acerca del nuevo orden social que construían.

El libro de Barrington Moore es un excelente trabajo que rechaza la inevitabilidad del destino de las clases populares. Libro de gran riqueza empírica y metodológica que estimula al lector, al plantear preguntas medulares en el análisis del cambio social.

MA. LUISA TARREZ BARRAZA

TOURAINE, Alain, Michel Wieviorka y François Dubet, *Le mouvement ouvrier*, París, Fayard, 1984.

Quinto libro derivado de la aplicación del método de la intervención sociológica,¹ *Le mouvement ouvrier*, es un intento por rendir cuenta del significado actual de la conciencia obrera mediante el examen detallado de sus manifestaciones entre obreros de la siderurgia, la petroquímica, los ferrocarriles y la informática, así como entre obreros no calificados de la región de París. El libro, estructurado en cuatro grandes temas —qué es el movimiento obrero, la conciencia de clase, las nuevas clases obreras y del movimiento obrero a las políticas sindicales— no se limita a rendir cuenta de los materiales recopilados con el método de la intervención sino también a exponer los resultados de la investigación sociológica e histórica de los últimos quince años al respecto. Por ello, el interés de la obra no reside sólo en que capta el aporte de la intervención para el conocimiento de la conciencia obrera, sino también en la síntesis realizada por los autores sobre los hallazgos obtenidos en la década 1970-1980.

El análisis parte de la base de considerar que la historia del movimiento obrero transita de una actuación comunitaria (referida a una *situación* en la cual los obreros pueden rebelarse o negociar) a una acción voluntaria (la *toma de conciencia*, en que los obreros se definen como tales dentro de

¹ Véase Alain Touraine, *La voix et le regard*, París, Editions du Seuil, 1978; y la reseña de *Solidarité*, en *Estudios Sociológicos*, vol. 1, no. 2, 1983.

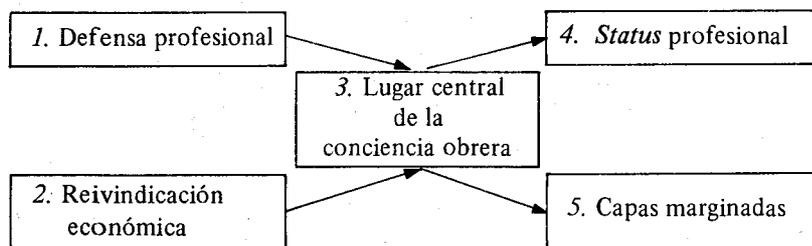
una relación conflictiva con antagonistas concebidos como adversarios). Durante este proceso se identifican elementos no negociables en un campo con dos antagonistas principales que se oponen en función de un proyecto que les concierne a ambos: la industrialización, la acumulación de capital. Obreros y empresarios se enfrentan para definir el curso de la industrialización que ambos consideran como un valor positivo. De la toma de conciencia de este conflicto, que es también el conflicto de clases, surge la conciencia obrera que se relaciona con la autonomía profesional de los obreros calificados. De la definición de este *aspecto central* del movimiento obrero, los autores pasan a definir sus elementos constitutivos.

Así, la conciencia obrera se compone del orgullo del *obrero productor* y del economicismo del *obrero proletario*, preocupado por mejorar sus condiciones de vida. De la tensión entre estos dos aspectos se genera la fuerza que da lugar a la acción obrera, que no solamente se identifica con la lucha salarial o con la racionalidad económica sino que, trascendiéndola busca influir sobre las orientaciones generales de la sociedad. La conciencia obrera no separa la reivindicación de la puesta en duda de las relaciones de producción. Es la tensión entre la conciencia de productor y la conciencia de explotado la que da lugar al movimiento obrero, distinto de la acción sindical.

Las dos primeras partes del libro están dedicadas en su mayoría a rendir cuenta de este paso y a definir los elementos que conformarán el marco de referencia propuesto a los miembros de los grupos, ya que el interés del método de la intervención sociológica reside precisamente en la interacción deliberadamente propiciada entre los sociólogos y los actores, que permite a éstos la posibilidad de exponer el sentido de sus acciones y por otro lado deposita en los sociólogos la responsabilidad de estructurar un conjunto de hipótesis que pueda ser reconocida por los actores como capaz de interpretar el sentido del movimiento obrero.

En el caso de este trabajo, el conjunto de hipótesis nos indica la existencia de una crisis en el lugar central de la conciencia obrera. Los sociólogos proponen como factor explicativo de esa crisis la división de la conciencia obrera entre aquellos que buscan un *status* profesional y los que se ven marginados y excluidos del trabajo profesional. De ello resulta un es-

Esquema



quema en el cual los elementos, después de coincidir en la expresión de una conciencia obrera, se separan para eventualmente coincidir otra vez, pero en una etapa posterior de desarrollo de movimientos sociales de nuevo tipo.

El esquema se presentó a cada uno de los grupos incluidos en el estudio. Se constató que los obreros siderúrgicos aceptan mejor sus elementos y la manera en que interactúan, se reconocen en él y afirman la necesidad de que el sindicalismo siga centrado en la empresa y en los problemas del trabajo sin comprometerse políticamente. Los trabajadores de la química, reunidos en Lyon, exponen la necesidad de ir más allá de la acción sindical y plantean la importancia de una acción más política que económica, declarándose partidarios de una crítica general de la sociedad industrial. Los ferrocarrileros, que apelan a la conciencia de clase para darle un nuevo sentido a la actividad sindical, buscan también enfrentarse a la burocracia (no olvidemos que en Francia existe un monopolio del transporte ferroviario) que maneja la empresa; tratan de buscar la integración de los obreros no calificados, de las mujeres y de los inmigrados a la actividad sindical.

Después de exponer la forma en que estos tres grupos interactúan con el esquema analítico propuesto por los sociólogos, se exponen las reacciones de dos grupos adicionales: el de los obreros no calificados (O.S.: *ouvriers spécialisés*) y el de algunos especialistas en informática. Los primeros no se reconocen en el esquema y afirman la desaparición del sindicalismo. En su opinión los militantes del sindicato, los dirigentes, están completamente desvinculados de sus compañeros que deben soportar ritmos inaceptables y una explotación sin contemplaciones. Entre los empleados de la informática se observa la inexistencia de una visión de conjunto de la actividad sindical. ¿Cómo asegurar la defensa de una categoría tan heterogénea y sobre todo tan individualizada en sus intereses? La respuesta dada por el grupo subraya por una parte la prioridad que se da a los objetivos generales (el socialismo, las nacionalizaciones, la lucha por el Tercer Mundo) y cuestiones reducidas al ámbito de las empresas en que se desempeñan los trabajadores en particular.

El conjunto de los debates planteados indica un distanciamiento entre el significado del movimiento obrero y la acción política. Los grupos que participan en la intervención sociológica confirman la existencia de un campo autónomo de la conciencia obrera, incluso si los resultados obtenidos demuestran que ella está en crisis. Se explican también los cambios ocurridos en la figura clásica del obrero no calificado, que llevan a una descomposición de la acción obrera, debido a su importancia para manejar los procesos en que está inserto, al predominio de un deseo de movilidad que no pasa por la carrera dentro de la empresa, y también a un vacío personal y tendencias auto-destructivas que se manifiestan, por ejemplo, en el consumo de drogas en el trabajo y en el ausentismo generalizado en algunos sectores productivos. Lo que antes era conciencia profesional se deshace por el desmembramiento del oficio y la ausencia de aplicación de las habilidades de los obreros en la organización de la producción.

Los últimos capítulos del libro examinan el problema de un “sindicalismo sin movimiento obrero” y sus implicaciones en la articulación de nuevos movimientos sociales. Centrados en el análisis de temas como las negociaciones colectivas y las posiciones de las centrales sindicales frente a la definición de nuevas políticas, estos capítulos finales delimitan mejor el asunto que realmente preocupa a los autores: la decadencia del movimiento obrero como fuerza colectiva portadora de un proyecto que vaya más allá de las categorías sociales que la integran. Así, el examen de los elementos más prosaicos del movimiento sindical en su dimensión economicista sirve de telón de fondo para plantear la tesis que anima al libro: la pérdida en el movimiento obrero de su carácter de núcleo o centro en las luchas sociales contemporáneas, sin que ello implique necesariamente un desconocimiento de la importancia del movimiento obrero como punto de referencia de esas luchas, que les ayude a encontrar su propia identidad.

El movimiento obrero es a la vez la presentación de los resultados de una investigación llevada a cabo con un método específico y el análisis de una problemática mucho más amplia, relacionada con el lugar que ocupa dicho movimiento en las sociedades desarrolladas. Ambos aspectos se complementan y contribuyen a conformar esta especie de suma que Alain Touraine ha tratado de dar de la cuestión obrera en este fin del siglo veinte.

Si bien existe un uso selectivo de los resultados de la intervención, a veces ésta se convierte en mera expresión de puntos de vista que resultan más de la investigación histórica o simplemente de encuestas sociológicas tradicionales que otra cosa (los capítulos 9 y 10 son buenos ejemplos de esto); asimismo, en los capítulos finales (12 a 15) se trata, más que de extraer las conclusiones del trabajo empírico, de delinear un juicio interpretativo general. No obstante lo anterior, no podemos olvidar que las discusiones con los grupos son el punto de partida de la reflexión y que lo dicho por los actores es llevado hasta sus últimas consecuencias por la consideración de toda la información disponible sobre los temas discutidos. Aquí cabe agregar que Touraine y sus coautores rinden justicia a una gran masa de información dispersa, proveniente de múltiples trabajos monográficos, y que han integrado con gran fluidez al texto. Así, el libro no trata sólo de mostrar lo que ocurrió en la intervención sino también hacer un balance de la problemática que Touraine abordó por primera vez a mediados de los años cincuenta, en su estudio de la Renault.

La tesis de la decadencia del movimiento obrero, de la falta de adecuación de las actuales luchas obreras a los desafíos de la crisis del modelo de acumulación, y la desmovilización de esos actores centrales de la sociedad industrial —los obreros profesionales—, constituye una proposición que, al subrayar sobre todo el aspecto cultural del proyecto, nos deja la imagen de un sindicalismo prosaico, limitado a negociar posiciones de retaguardia y frecuentemente subordinado a partidos políticos que buscan sólo mantener una clientela electoral.

Esta proposición nos obliga a plantearnos una pregunta básica: ¿estu-

vo este movimiento obrero tan estructurado, tuvo realmente un proyecto tan lúcido y, más que eso, estuvo realmente ligado a la conciencia profesional de los obreros de la industria pesada? Lo dicho en este libro nos lleva a contestar afirmativamente. Además, la historia reciente, sobre todo después de 1970, nos induce a aceptarla. No obstante, desde una perspectiva más circunspecta y quizás algo escéptica, quisiéramos terminar advirtiendo que no siempre la sociología ha pronosticado el devenir. Con certeza el movimiento obrero no ha dicho aún su última palabra.

FRANCISCO ZAPATA